

Premio de  
Literatura  
Latinoamericana  
y del Caribe  
Juan Rulfo

**Nélida  
Piñón**

1995





Premio de  
Literatura  
Latinoamericana  
y del Caribe  
Juan Rulfo

■ **Nélida Piñón**  
1995



**José Trinidad Padilla López**  
RECTOR GENERAL

**Raúl Vargas López**  
VICERECTOR EJECUTIVO

**Carlos Jorge Briseño Torres**  
SECRETARIO GENERAL

**Dulce María Zúñiga**  
DIRECTORA DE LA ASOCIACIÓN CIVIL DEL  
PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA  
Y DEL CARIBE JUAN RULFO

**José Alfredo Peña Ramos**  
DIRECTOR GENERAL DEL SISTEMA  
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

**Lourdes Elizabeth Parga Jiménez**  
SECRETARIA ACADÉMICA DEL SISTEMA  
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

**Elvia Velasco Cobarruvias**  
COORDINADORA DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN  
DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

**Gustavo A. Cárdenas Cutiño**  
COORDINADOR GENERAL ADMINISTRATIVO

**José Antonio Ibarra Cervantes**  
DIRECTOR GENERAL DEL CORPORATIVO  
DE EMPRESAS UNIVERSITARIAS

**Raúl Padilla López**  
PRESIDENTE DE LA FERIA  
INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA

**Nubia Edith Macías Navarro**  
DIRECTORA DE LA FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO  
DE GUADALAJARA

**Sayri Karp Mitastein**  
DIRECTORA DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

Cuidado editorial:  
Jorge Orendáin

Diseño de portada e interiores:  
Claire Castillo Montenegro

Formación y tipografía:  
Sol Ortega Ruelas

Caricatura:  
Jorge Salazar (Jors)

Fotografía: Cortesía de Nélida Piñón y de la FIL

© Bravura, Adamastor, Ave de paraíso, La naturaleza del  
trabajo (fragmentos); Nélida Piñón

Primera edición, 2006

D. R. © 2006, Universidad de Guadalajara

**Editorial Universitaria**  
Francisco Rojas González 131  
Colonia Ladrón de Guevara  
44600, Guadalajara, Jalisco  
[www.editorial.udg.mx](http://www.editorial.udg.mx)

ISBN 970 27 0946 6  
Universidad de Guadalajara

**ALFAGUARA**

D. R. © 2006, Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.

Av. Universidad 767  
Colonia del Valle  
03100, México, D.F.  
[www.alfaguara.com.mx](http://www.alfaguara.com.mx)

ISBN

Agosto de 2006



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND)  
lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido,  
siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser  
mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos  
comerciales. Para más detalles consúltese [https://  
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es).

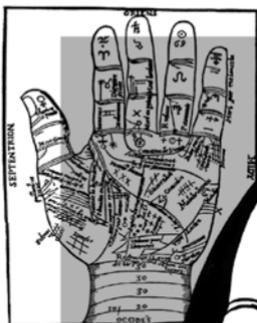
Premio de  
Literatura  
Latinoamericana  
y del Caribe  
Juan Rulfo

**Nélida  
Piñón**

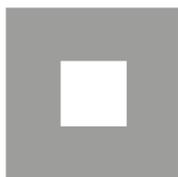
1995



*L a R e p ú b l i c a*



*d e l o s S u e ñ o s*



# Índice

- 7** Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo
- 11** Nélida Piñón
- 13** Dos veces Nélida  
Adolfo Castañón
- 25** Palabra y memoria: la suma de una vida  
Paola Velasco
- 31** Cuentos  
Nélida Piñón





## Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo



El Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento que otorga Latinoamérica a los escritores cuya lengua de expresión artística sea el español, así como aquellos que utilizan otras lenguas de la zona: portugués, francés o inglés. Sus objetivos son promover, estimular, reconocer y difundir la creación literaria de autores latinoamericanos, del Caribe y de la Península Ibérica, cualquiera que sea su idioma y filiación cultural.

El Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo consiste en cien mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, representando diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio, que ha elegido el nombre de Juan Rulfo, por tratarse de un escritor cuya maestría y fama rebasan los límites de la lengua española.

El Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- H. Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.





En virtud de su variedad de registros, de la amplitud y rigor de su narrativa, y de la generosidad con que su obra interroga y recrea los mundos de la realidad histórica y de la experiencia imaginaria de Iberoamérica y, en particular, de su país, Brasil, el Jurado del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, en su quinta convocatoria, ha resuelto, unánime, concederlo a la escritora Nérida Piñón. Autora de memorables libros de cuentos y de novelas, Nérida Piñón es una de las figuras que destacan con mayor intensidad en las letras latinoamericanas contemporáneas, y en su obra se da un diálogo inteligente y vivificante entre las diversas raíces y tradiciones que conviven en el cuerpo cultural iberoamericano. Libros como *Tebas de mi corazón*, *La fuerza del destino*, *Sala de armas*, *La república de los sueños*, -todos vertidos al castellano y algunos traducidos a otras lenguas- dan cuenta de ese diálogo y de una creación literaria que se ha ido afinando en el ejercicio de una memoria que trasciende lo personal y circunstancial -sin olvidarlo nunca- para alumbrar una poderosa geografía imaginaria, una fábula poética y crítica de los reinos combatientes en Iberoamérica y que en su obra se ennoblecen y reconcilian.

Guachajara, Jal., lunes 31 de julio de 1995

Abelardo Oquendo

Jorge Ruffinelli

Amos Segura

Julio Ortega

María Kozkan

Adolfo Castañón

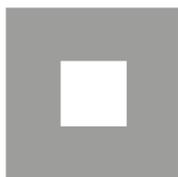
Raymond L. Williams

Clara Colgrove

Cézar de Cortázar

Facsimil del Acta del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1995





## Nélida Piñón

Nació en Río de Janeiro, Brasil, en 1937 en el seno de una familia de origen gallego. Se formó en periodismo en la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro y amplió sus estudios en la Universidad de Columbia (EE. UU.). En 1970 inauguró la primera cátedra de Creación Literaria en la Universidad Federal de Río de Janeiro y fue titular de la cátedra Dr. Henry King Stanford de Humanidades de la Universidad de Miami (1990-2003) y ejerce como profesora visitante en las universidades de Harvard, Georgetown, John Hopkins y Columbia. Además, ha impartido docencia en universidades de Francia, España y Perú y es colaboradora habitual en medios de comunicación brasileños.

Nélida Piñón domina una gran variedad de registros y que se caracteriza por el rigor de su narrativa. Su obra representa un diálogo inteligente y vivificante entre las diversas tradiciones que conviven en el cuerpo cultural iberoamericano. Es una firme defensora de los derechos humanos, especialmente de los de la mujer. Ha sido considerada por la New York Review of Books la mejor escritora brasileña, y la revista World Literature Today le ha dedicado su primer número de 2005. Desde 1989 es miembro de la Academia Brasileña de las Letras, institución que presidió durante un año (1996-1997), convirtiéndose en la primera mujer que ocupaba ese cargo en sus cien años de historia y la primera mujer en todo el mundo en presidir una academia literaria nacional. También es miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Lisboa desde 1999. En 2004 fue elegida miembro de la Academia de Filosofía de Brasil. En su labor como académica se ha distinguido por su esfuerzo en acercar las comunidades literarias de habla hispana y portuguesa.

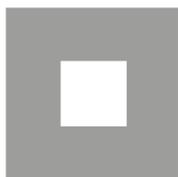
## OBRAS

- *Guía Mapa de Gabriel Arcanjo* (1961)
- *Tiempo de frutas* (1966)
- *Fundador* (1969)
- *Una casa de la pasión* (1972)
- *Sala de armas* (1973)
- *Tebas de mi corazón* (1974)
- *La fuerza del destino* (1977)
- *La república de los sueños* (1984)
- *El presumible corazón de América* (2002)
- *Voces del desierto* (2004)

## PREMIOS

- Premio Walmap de Brasil (1969)
- Premio Mario de Andrade (1973)
- Premio Asociación de Críticos de Arte de Brasil (1985)
- Premio de la Asociación de Críticos de Arte de Brasil (1986)
- Premio del Pen Club (1986)
- Medalla Don Alfonso Enrique de Portugal (1995)
- Medalla Gabriela Mistral (1995)
- Doctora *honoris causa* por la Universidad de Santiago de Compostela, España (1995)
- Premio Iberoamericano de Narrativa Jorge Isaacs (2001)
- Premio Internacional Menéndez Pelayo (2003)
- Medalla de la Orden de Río Branco
- Medalla Lazo de Dama de Isabel la Católica (2000)
- Orden al Mérito de la Mujer, Brasil (2004)
- Premio Príncipe de Asturias de Letras (2005)
- Doctora *honoris causa* por la Universidad de Poitiers, Francia
- Doctora *honoris causa* por la Universidad de Montreal, Canadá





# Dos veces Nélida

Adolfo Castañón

Nélida Piñon: dos palabras componen el nombre de esta gran escritora brasileña nacida en Río de Janeiro por los mismos años en que venían al mundo los escritores mexicanos Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, el español Juan Goytisolo y el venezolano José Balza. Una, Nélida, esdrújula; otra, Piñon, aguda aunque no lleva marcado el acento. Estas voces parecerían encerrar, cifrado, el paisaje inteligente que ha ido componiendo con su obra narrativa esta artista de la observación ajena y propia. Nélida parece, desde luego, voz de raíz griega y su esdrújula brújula apunta imaginariamente hacia el Mediterráneo, África y el Asia Menor. Por eso casi parecía necesario que, para descifrar su propio nombre, la autora escribiera un libro titulado *Tebas de mi corazón* (1974) donde aflora uno de los temas centrales de esta narradora: la invención de una identidad cultural a través de la fantasía narrativa, el desafío que significa articular la solidaridad secreta que mantiene unidas las sustancias culturales heterogéneas que configuran el mundo americano. *Tebas de mi corazón*, como otros libros de Nélida, ha nacido de una “crisis del lenguaje” y desemboca en la imaginación de una civilización —la brasileña, la americana— donde es posible la convivencia. Pero Nélida es también una palabra dulce y circular y con cierto sabor a clavo y a canela, y apunta a otra de las regiones que atraviesa y habita esta obra, esta voluntad de ficción hecha libros. La dulce canción de Nélida es una canción apasionada: su castillo de cuentos y relatos es *Una casa de la pasión* para decirlo con el título de las narraciones reunidas en 1978. Es dulce la canción de Nélida pues le pone casa y nombre, rostro y sentido a la pasión y muy precisamente a la pasión femenina. Al dar amparo a las guerras del deseo, va construyendo una Sala

de armas —otro título suyo— donde la violencia de la historia y la naturaleza parece ser domeñada, reducida para que pueda ser posible el tiempo frutal, el *tiempo de las frutas* donde la fuerza del deseo y la fuerza del destino son afinadas por un diapasón mítico; así es posible redescubrir *El calor de las cosas*<sup>1</sup> —como se titula la selección realizada para el Fondo de Cultura Económica para conmemorar el Premio Juan Rulfo de Literatura del Caribe que le fuera otorgado en 1995.

Entre la crisis del lenguaje y la crisis del realismo, entre la dificultad o la impotencia para reconocerse en una historia europea y americana marcada por la violencia, la tortura, la dictadura y la necesidad de abrir un espacio para el reconocimiento personal y colectivo, entre el silencio del lenguaje cosificado y el lenguaje sensitivo de la experiencia sin nombre, aparece la fábula, la fantasía: “El pan nuestro de cada día era la fantasía”.<sup>2</sup> Así llegó ella a llamarse “tierra sin fin”.<sup>3</sup> La fantasía nutritiva y alimenticia es el mito de la creación, el imán inteligente que lleva a la artista a realizar con su obra más personal una autobiografía colectiva, una república de los sueños públicos y privados<sup>4</sup> y a transformar la introspección individual en comedia, divina y profana comedia de la humanidad brasilera y americana. Y aquí llegamos al Piñón de su apellido. Si Nélide nos hace evocar el anillo encantado del mito que transforma la historia en sentido e ilumina y da sentido a la experiencia mediante el trabajo de la *phantasia* ingrávida (*the aloofnes of phantasy* que diría Coleridge), el apellido Piñón nos lleva a los bosques de pináceas al borde del Atlántico y la eñe castellana (su apellido no se escribe con la *nh* portuguesa) nos recuerda que la novelista es una hija de Galicia. “Tengo —ha dicho ella en una entrevista, una génesis brasileña proveniente de orígenes celtas. Soy heredera y tengo el usufructo de una cultura casi drúidica. Y me es difícil imaginar que no tengo 500 años, mi inconsciente es muy antiguo, antiguo de más de mil años...”<sup>5</sup>

Piñón nos lleva entonces a Fougères, al castillo de Melusina, a los dólmenes de Stonehenge Carnac y al universo de esos bardos evocados por Robert Graves en *La Diosa Blanca* y por Cow-

per Powys en *Glen glendower* que van creando el mundo con la palabra. Piñon nos lleva también a esa piedad céltica que sitúa a la madre tierra en el centro de lo intocable, de lo sagrado; nos lleva al dolor cantado de la saudade portuguesa y de la Galicia ensoñada y ensimismada que marca a esta escritora con un poderoso fragor atlántico en *La república de los sueños*. Nélide nació brasileña pero es clásica. Nació brasileña de raza clásica con un afrancesamiento anterior a Francia: gallega y gaélica, galaico portuguesa y gala hasta el galicismo; pero también Piñon —con eñe sin acento— con eñe castellana en portugués. Así el apellido de Nélide llama a los precursores americanos, al español fundador. Pero ¿de dónde viene América? Los cuentos circulares sobre la experiencia humana y sus gusanos de seda y sus anillos y volutas, sus novelas, cuentos de cuentos, se escriben con un impulso musical. La narración de Nélide Piñon es una canción que se pasea por el mundo, cantando, ensayando su música, iluminando y redimiendo con su música narradora el universo contado. El sentido de las cosas, el calor de las cosas está en juego.

Por eso con *La república de los sueños* su obra narrativa más ambiciosa afina y afirma su papel de novelista como voz de la tierra, exhalación articulada de la madre primordial respirando hombres y épocas como en una novela de Tolstoi. Esta conciencia inmemorial o de lo inmemorial que nos trae con su sabor la golosina gallega del Piñon es otra de las claves para explicar la pasión según Nélide. Traducir e iluminar mediante la fantasía los ciegos hechos cotidianos a una clave legendaria y mítica, salvar la historia vivida bañándola en las aguas inmemoriales del origen mítico tales son algunas de las lecciones de esta maestra de las antiguas y nuevas materias legendarias que viene de muy lejos y en quien dialogan la ironía cervantina de Machado de Assis y la lucidez abrasadora de Clarice Lispector, los días oscuros de la América criolla y las noches luminosas de la Europa íntima y soñada. Por eso Nélide Piñon es una autora muy antigua y muy joven, y sus palabras traen bajo el brillo de lo recién creado, el rumor de un río milenario, el río (oh Arguedas) de todas las sangres.

## La casa de los destinos cruzados<sup>6</sup>

Hace unos años visité como editor Río de Janeiro. En la biblioteca me atendió un novelista. Al poco de hablar, me lanzó: "Pero si a ustedes los latinoamericanos y, sobre todo a los mexicanos, les interesa muy poco la literatura brasileña. Para ustedes América termina en Guatemala, cuando más en Cuba o Perú. Brasil no existe. Las letras brasileñas son mucho mejor conocidas en Estados Unidos o en Francia que en España o en cualquier otro país de América. Para los que hablan español, la literatura escrita en portugués casi no existe". No me sentí tan sorprendido por la afirmación —conocemos, por ejemplo, mucho mejor a no pocos autores de segundo orden, digamos de España o de Perú, que a Euclides da Cunha, Rachel Queiroz o Machado de Assis.

Le concedí la razón —mi primera reacción defensiva suele ser conceder razón al adversario para luego atacar mejor— y luego, a mi vez, exploté y le dije que exageraba, que era injusto, que Alfonso Reyes había vivido en Brasil y había sido amigo de Manuel Bandeira y de muchos otros brasileños; que Octavio Paz era amigo y traductor de Haroldo de Campos y Carlos Drummond de Andrade; que Antonio Alatorre había traducido a Machado de Assis para el FCE, donde también se han editado a Cyro dos Anjos y a Gilberto Freyre, que el poeta Francisco Cervantes había recibido, no hacía mucho, una medalla del Gobierno de Brasil como reconocimiento por su labor de difusión de la cultura brasileña en México. Pero dígame, pregunté: ¿qué autores me recomienda leer? El indignado novelista no me escuchaba y seguía diciendo, hirviendo como tetera a todo vapor, que en América está más cerca París o Varsovia que la capital del próximo país vecino. Como había método en su locura, insistí: ¿qué me recomienda leer? Tuvo la delicadeza de no citarse a sí mismo y apuntó imperativo: Lea a Guimaraes y a Baldo, a Clarice Lispector y a Nélida Piñón. Esa fue la primera vez que oí hablar de la autora de *Dulce canción de Caetana*. La segunda ocasión fue por boca de José Guilherme Merquior, el filósofo y crítico brasileño que fuera embajador de Brasil en México

y con el cual me reunía a conversar una vez al mes. Merquior era hombre de una inteligencia natural, naturalmente educada. Alguna vez, hablando de Machado de Assis le pregunté si el autor de *Don Casmurro* tenía alguna descendencia en la literatura brasileña contemporánea. No me contestó, pero minutos después, cuando ya estábamos hablando de Laurence Sterne, dijo “sí, tal vez en Nélida, el discípulo de Machado, tal vez Nélida”. “¿Por qué?”, insistí. “Por dos cosas: la primera que en ambos se da una evolución, un desplazamiento desde una mirada *aparentemente* compleja hacia una mirada *aparentemente* diáfana. Lo paradójico es que esa complejidad es transparente, esa transparencia, abismal. La otra razón, paralela, es que en ambos se dan, entrelazados y autónomos —como ha señalado Antonio Cándido para Machado—, un mundo superficial y un mundo subterráneo. Nélida Piñón ha practicado además un difícil ejercicio: el de hacer convivir las dos tradiciones de la literatura portuguesa y brasileña —la mística y taciturna y la realista y épica”. La opinión de Merquior me pareció tanto más generosa por cuanto pasaba por encima de ciertas diferencias políticas. No volví a ver al novelista de Río y Merquior murió unos meses después, pero desde entonces, he leído a algunos autores brasileños, entre ellos a Nélida Piñón.

Con ella se renueva y prosigue una línea de grandes creadores como Jorge Amado y Erico Verissimo, que han producido vastos ciclos narrativos al mismo tiempo que han sabido crear un lenguaje propio. No hay duda de que en sus novelas y cuentos se observa una evolución que va desde el *nouveau roman* de la primera novela al barroco prodigioso y fantástico de Tebas, a la parodia de *Dulce canción de Caetana* y la transparencia caudalosa y épica de *La república de los sueños*.

Nélida Piñón nació en Brasil pero de niña vivió algunos años en Galicia, cuna de sus abuelos y de las leyendas doradas de los celtas. Si la figura de la abuela narradora es central en autores como Pushkin o los hermanos Grimm —la anciana, como madre y guardiana de la historia, encargada de la memoria secreta como en la *Mamá Blanca* de la venezolana Teresa de la Parra, en la novela ma-

yor de Nélide Piñón, *La república de los sueños*, el abuelo ocupa un lugar más que central. Si la historia del hombre la rescata una abuela (Pushkin, Grimm) la historia de la mujer la rescata un abuelo. Casi se podría decir que a partir de un pacto con el anciano, de un juramento de fidelidad a su historia, se desencadena ya no la historia de la novela, sino aun la vocación misma de la autora. Bretta —la futura narradora— se encuentra con su abuelo después de muchos desencuentros y consiente en beber de su boca la leche tibia de la leyenda, la memoria de los ancestros y de sus aventuras, consiente en habitar el espacio en que esas historias se producen y reproducen. Ese espacio es un mapa y una forma de narrar, una cartografía y una entonación o, mejor, una disposición para las diversas entonaciones que exigen los sueños congregados en esa república a la vez doméstica y ciudadana. Sobre el mapa europeo se irá tejiendo en paralelo y en revés el mapa de Brasil —ese espacio del presente y del porvenir, ese territorio de la esperanza.

De la carta de los antepasados se va desprendiendo una América premonitoria, de modo que el Brasil será como una idea innata de la memoria celta y vivir en él equivaldría a ir conjugando, contrastando el recuerdo inmemorial con la experiencia de cada día. En la visión que se desprende de ahí no hay lugar para la Europa de la Ilustración pero la Ilustración, la tarea crítica, se dará precisamente a través de la inteligencia con que se trama la narración. Así, en la obra de Nélide Piñón se da una función narrativa intrahistórica que se podría expresar como la economía que produce una reconstrucción del paisaje a partir del rostro y del cuerpo, el orden sensible como cifra de un orden moral, lo estético como vía de acceso al *ethos*. Cada personaje crea una geografía específica. La convivencia representa un contraste ambiental, un inter-reyno entre diversos climas morales. La historia es el resultado de ese tejido de rostros-paisaje. República de los sueños porque cada personaje vuelca hacia el ámbito público el fuego de la fantasía que lo devora a través de instituciones y costumbres (Eulalia), empresas (Madruga), silencios, ausencias y abstinencias (Venancio), pasiones (la madre de Bretta). A su vez, los personajes son de un lugar, de

una tierra. Humanos enraizados en un humus. Pero la condición del emigrado —la de la mitad de los personajes principales de *La república de los sueños* y uno de los temas de la novela— obliga al hombre a arraigar llevando sus sueños como una cabeza cortada entre las manos. Nélide, mujer vital y apasionada, sensual, soñadora y dueña de esa artesanía que le permite vivir tramando palabras, viajar interiormente y al mismo tiempo edificar una morada propia y común. ¿Acaso no fue Ulises un sueño de Penélope y ella a su vez un sueño, una hija de Homero? Nélide ha publicado ocho libros, algunos de ellos monumentales como la celebrada *La república de los sueños*, libro mundo, espejo de esa familia, de esa tribu llamada Brasil, o frescos, carnavalescos y barrocos como teatros narrativos en cuyo seno hay otros teatros como *Tebas de mi corazón* y *Dulce canción de Caetana* o virtuosas interpretaciones de una materia tradicional como *La fuerza del destino*, el relato polifónico donde se recrea en un monólogo plural y continuo la obra del duque de Rivas y la ópera de Verdi, incluyendo un nuevo personaje: la propia narradora, Nélide.

Nélide, mujer de sentidos abiertos es también una narradora abierta a los puntos de vista. Y aun se podría decir que una de sus contribuciones a la literatura, desde un ángulo técnico, es la pluralidad, el continuo fluir de los puntos de vista. Un monólogo incesante a varias voces del cual ella ha sabido hacer un ejercicio de virtuosa destreza. Esta técnica puede leerse en Faulkner y en Joyce, pero también en Rulfo y en Guimarães, en Miguel Torga y en Agustina Besa-Luis, en fin, en Carlos Fuentes —un escritor con el que tiene poderosas afinidades. Esa técnica no sólo es indicativa de un dominio de la prosa y de una ingeniería de la imaginación. Es sobre todo indicativa de una cualidad espiritual: la de saber mantener vivas e intactas, la de saber hacer convivir varias voces, varios aires. La poética del simulacro se fundaría en una ética de la semejanza radical.

Nélide es una escritora poderosa. Postula como uno de sus modelos a la Callas. Quisiera que su voz recorriera todos los registros humanos, todas las pasiones y los silencios. Tiene un lado costum-

brista, la novelista que esconde sus misterios en la luz; tiene un lado místico, hermético y poético que recuerda a Clarice Lispector, la cuentista que produce misterios en la transparencia de situaciones brutales y enigmáticas. Tiene un lado de juglar y de goliardo medieval, de maestro cantor rústico que recita y salmodia las historias de los reyes; tiene una orilla conocedora, experta, que sabe apreciar a los seres por el peso de su corazón y la gravedad de su juramento. Es una escritora proteica y pánica. Inmersa en la canción de la naturaleza, que sabe bañarse en el río del Eros universal y extraer belleza de todos los seres, placer de todas las cosas. De la locura, del incesto, del crimen, pero también de la propiedad y la paternidad, de la fantasía pura. Es una narradora hambrienta de mundos, de una voracidad singular pues lo que quiere incorporar, integrar a ella no es otra cosa que la luz, la intensidad de sus personajes a los que va dando cacería en el curso de sus novelas y a los que sabe dejar en manos de sí mismos como un dios inmisericorde cuya piedad está en la narración.

En *La casa de la pasión* que casi podría leerse como una novela-manifiesto, la fiesta de los sentidos se transfigura en un ritual peligroso. Marta, el personaje principal, ha sido prometida a uno de los trabajadores de la hacienda —Jerónimo, a quien ella considera, sin más, un esclavo. Pero ella, la protegida y mimada por su padre y por la naturaleza, la elegida por la plenitud y por su energía desbordante, no le puede aceptar fácilmente pues antes se ha desposado con el sol al cual rinde culto con su cuerpo magnífico, ofrecido a la luz. La alianza solar que sitúa a la mujer en un plano casi sobrehumano y la devuelve a un ámbito telúrico, recuerda ciertas figuras femeninas de D.H. Lawrence en las cuales se cumple también la ritualización de un comercio arcaico, mágico. No es por eso asombroso que, en algunos de los cuentos de Nélida Piñón, por ejemplo en los reunidos en *Tiempo de frutas*, el proyecto narrativo no se formule ni siquiera en términos de una arqueología sino en función de una exploración geológica, de una espeleología de la pasión y sus afectos. Geología y no arqueología, porque los mundos abismales que recrea no están muertos ni clausurados.

Se encuentran ahí donde se fractura el asfalto del lenguaje o se yerquen antes, más allá de los valores convencionales, y es ahí en el límite de éstos donde da inicio la narración. Así su mundo narrativo se construirá, palabra al fin y al cabo, verbo-puente como una tentativa tenaz para cotejar los dos silencios que rodean al ser humano: el mineral-vegetal, el sagrado, y el animal-trascendental, el divino, el silencio del día y el de la noche, la fuerza telúrica que reconocemos en la narrativa latinoamericana tradicional —por ejemplo en Rómulo Gallegos o en Jorge Amado— y la fuerza del sueño, el magnetismo de la estrella interior que acechaba a Clarice Lispector. En la tensa fidelidad a estas dos fuerzas que buscan cada una la soberanía, en la búsqueda de su conciliación fabulosa, estriba quizás uno de los mayores logros de esta narración que sabe como San Nicasio, como los santos cefalofóricos que cita en su libro *El pan de cada día*, perder la cabeza y, sin embargo, guardarla entre las manos, nadar en el río del sueño y guardar la forma. El coro de la multitud y el silencio. El silencio que se da en medio del mercado o el silencio de lo oculto que acechaba a Clarice Lispector.

Del tejido de esos dos silencios nace una novela como *La república de los sueños*, cuyos personajes centrales —los españoles Madruga y Venancio— representan las dos caras de Europa en América. La hazañosa y empresarial y la contemplativa y crítica. Ambas coinciden en su veneración por la historia. La activa y beligerante de Madruga se invierte en la creación voluntariosa de una historia presente y futura. Es la responsable de la expresión industrial y comercial del Brasil. La otra, la de Venancio, es contemplativa y busca el pozo del pasado para aplicar su sed estética y ética, crítica. Entre ambos personajes crece y prospera una familia —la de los Madruga, gallegos emigrados— y un país —Brasil. Un país ávido de futuro pero también de memoria, obsesionado al igual que México aunque en forma muy distinta por la cuestión de la identidad. *La república de los sueños* se da como un fresco, una novela mural donde conviven y se enfrentan hombres, generaciones, sexos, clases sociales, estilos de vida. Un árbol que es un bosque en sí mismo, un cuerpo donde pulula, prolifera el otro. Nélide

Piñón ha dicho que la mujer debe invertir la paciencia de Penélope en vivir las aventuras de Ulises. Pero la tenacidad de Penélope y la astucia de Ulises son en realidad las herramientas de Homero, el cantante ciego gracias al cual la historia existe, las herramientas del cantante nómada como Caetana la dulce cantante, la del pastor de un pueblo de ciegos cuya memoria, cuya visión resguarda *Tebas de mi corazón*.

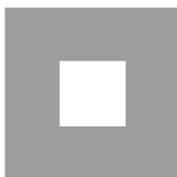
La monumental *La república de los sueños* de Nélida Piñón es la novela de una familia y de un país (los Madrugá y Brasil). Es decir, de dos países (Brasil y Galicia) y dos familias (la de Madrugá y su mujer, Eulalia). Novela-río compuesta de numerosas historias afluentes, novela-mural y novela-paisaje, es una ficción realista, y un ejercicio de imaginación plurivocal y polifónica donde el tiempo, época y edad, rezuma a través del instrumento que es cada personaje. La novela habla de una casa y está construida como una casa, con un conjunto de capítulos para cada personaje que se desarrollan y barajan, suceden, en una cadena de asociaciones y accidentes. El patio de la casa, el lugar público de todas las voces de América, sinónimo y patronímico de Brasil. ¿Qué es América? Como un sismo. La pregunta declina sus réplicas en cien formas a lo largo de una novela que descifra la historia de Brasil en el espejo doméstico de los Madrugá. Pero esa pregunta por la realidad es también una pregunta por el sueño, una pregunta sobre el poder fabulador de la realidad y la capacidad plástica, modeladora de la imaginación. La pregunta en cuyo espacio se abre la novela —la semilla de la historia— desemboca en la posibilidad de transformar la historia. *La república de los sueños* —título que aludirá puntualmente al proyecto demagógico y populista de Getulio Vargas— se construye así como una novela que surge al acecho de la épica, en la orilla mitológica donde cada personaje decanta o precipita su historia. Pero al preguntarse por el futuro de la novela, recapitula su respuesta en la constatación de la avidez fabuladora, de la debilidad por el mito y la ficción, cartografía de la fuerza y de la debilidad que aquejan en las más diversas formas a sus personajes. Leyendo a Nélida Piñón se piensa que para los americanos, la

única forma que queda de acercarse a la Ilustración es la memoria. ¿Quiénes y cómo hicieron América —cómo se hicieron, quiénes la hicieron haciéndose americanos? ¿Cómo han hecho Brasil las oleadas de inmigrantes? ¿Qué ciudadanía es la propuesta por estas familias que han edificado una república a partir de un pacto de sueños, de un contrato singular entre mito y economía, guerra y política?

La obra de Nélide Piñón sostiene una relación singular con la representación. Su escritura re-escribe, calca sobre la delgada y transparente página en blanco —papel de China dibujado con tinta china— otras historias. Por ejemplo: *La fuerza del destino*, una novela teatral, una ópera de Verdi que es una obra clásica de la literatura española que pone en romance un mito, un arquetipo de la cultura hispánica —la honra y sus querellas— donde la figura de la mujer aparece en un escenario poblado de máscaras y donde ella misma se desnuda, se desenmascara. La dimensión mítica y agónica de la mujer en lucha contra la representación que le impone el mundo y en busca de la conciliación con sus propias energías es uno de los temas mayores de la narrativa —cuentos y novelas de Nélide Piñón. El tema de la representación como agonía vertebró la novela *Dulce canción de Caetana*. La novela historia el regreso de una actriz frustrada a su pueblo nativo y el montaje de una falsa ópera donde Caetana abrirá la boca mientras la Callas fluye melodías en un disco y, todo, cautivo, como en un viejo álbum, en un falso teatro, en un cine travestido. Por el abismo del simulacro se salva, por un puente colgante de palabras que alternan risa y llanto, castigo y compasión, dejando en el paladar el sabor agridulce del sacrificio. Al igual que en el orbe febrilmente mitológico de *Tebas de mi corazón*, en *Dulce canción de Caetana* brotan, como en un manantial, historias de verdad falsa y que recuentan con exactitud realista la impenetrante falsificación que la vida se propone a sí misma; la avidez de la seducción sensible y sensual, barroca, adquiere a medida que se desarrolla una densidad singular pues en ella alienta y a veces jadea la ficción genuina de la expresión americana —ese *ethos* estético, ese mestizaje radical y abismal que se cumple en América

entre la ilusión y la historia, la fantasía y la voluntad. Y se diría que sus historias, todas nacidas en el tiempo de la pasión, logran ahondar, tocar fondo, en virtud de esa doble atención simultánea que ella, sus narradores y sus personajes cumplen en beneficio de una historia mayor, mestiza, preñada de tiempos y de razas, híbrida de razones. A ese ir y venir de la auto-conciencia al auto-engaño lo dotará de gracia y de vuelo, de identidad onírica. Hechos de la materia de los sueños, los personajes de Nélida pueden ser soñados y están destinados a crecer en la memoria y en la imaginación de los lectores como la indócil mancha del mito.





## Palabra y memoria: la suma de una vida

**Paola Velasco**

“El ser humano es un peregrino. Es sólo en apariencia que tiene una geografía”, graba en una frase de *El pan de cada día* la escritora brasileña Nélida Piñón. En otro lugar también ha dicho: “Como decía San Pablo, soy griega, soy romana, soy clásica, soy moderna, soy todo.” La obra de Nélida Piñón está llena de esta conciencia de universalidad que hace comprensible lo específico de una región, de un tiempo, de un individuo permitiendo el encuentro entre los hombres a través de la literatura. Ella misma, brasileña, hija de gallegos, intensa lectora y observadora de la realidad, ha caminado por el mundo reconociéndose en las antiguas leyendas y mitos colectivos que forjan nuestra memoria; ha buscado en ellos la materia invisible que une a una mujer hebrea del siglo V con un futbolista del Brasil contemporáneo para hacer visibles las capas que componen la geología de la humanidad.

Es así que Nélida Piñón se vuelve una escritora ubicua y antigua, que sabe cómo el pasado —“la cicatriz de nuestro rostro”— está unido a nuestro ser; tanto como moderna, atenta a la mudanza de las épocas. Una escritora, en suma, de nuestro tiempo. El empeño de esta búsqueda la ha conducido a explorar el lenguaje con un énfasis estético en el que percibimos una de sus mayores preocupaciones: el empobrecimiento y la devaluación de la lengua. Esto no significa que desprecie el aporte de los nuevos giros del lenguaje, ni que ignore que éste es un objeto vivo cuya muerte puede iniciarse como consecuencia de la petrificación; pero sí que la escritora brasileña —presidenta durante un año de la Academia de la Lengua de su país— sabe que desconocer la fuerza expresiva del lenguaje es limitar el alcance de nuestro pensamiento, que hacer crecer la lengua sin orden ni dirección nos acerca peligrosamente

al galimatías y que, finalmente, no es sino a través de las palabras que nos es posible compartir y conocer una memoria.

Nélida Piñón se arriesga entonces al más alto lenguaje narrativo, en el que da vigencia al lenguaje poético con el convencimiento de que éste ilumina las palabras con un sentido que la prosa exacta no alcanza. El resultado, sin duda, se manifiesta en que su obra resiste todo intento de definición. Quizá sea por eso que suele considerársele una escritora compleja. Aunque para esta figuración haya, tal vez, una explicación más simple, también más agobiante. Si Nélida Piñón ha querido evidenciar en su narrativa que hay una crisis del lenguaje, ha terminado por mostrar, además, cuán *rara avis* es hoy un buen lector; el que es atento, cuidadoso, comprometido. Los textos de la escritora brasileña no admiten lectores indolentes que cometen una lectura fácil, atropellada. Su obra demanda la solicitud y el esmero de uno que se empeña en lograr que el texto le abra las puertas, lo acoja. Ocurre, simple y difícilmente, que a Nélida Piñón hay que leerla en los términos creados por ella misma y por medio de su particular uso de la palabra.

Mas la suya no es una literatura solemne ni críptica. Es posible que una engañosa bruma nos haga creer que sus párrafos son enigmáticos y confusos; no lo son en el sentido que asocia estos términos a la noción de "ininteligibilidad", sí en el que exige competencia y empeño lector. Hay en sus novelas y cuentos una reflexión diáfana sobre el arte de la narrativa lo mismo que sobre las angustias, vacilaciones y perplejidades, certezas y alegrías de la humanidad. Si alguna complejidad habita su obra es la misma que nace del corazón del hombre, ser ambiguo y contradictorio cuya existencia no tiene sólo un sentido rígido e inamovible. En su aparente complejidad se revela una profunda sencillez. La sencillez, como suele acontecer, encierra dificultad.

Nélida Piñón también sabe reír, poner las fórmulas sociales en entre dicho y asumir que "la vida debe permitir excesos". Intuición de que la tragedia puede transformarse en su antítesis, y de que esta conversión es necesaria para asumir que "la felicidad puede ser tan sórdida" o que "aunque feo e incalculable, el amor es nece-

sario". Posee el conocimiento de un alquímico arte que le permite unir contrarios —aceptar que el alma se nos forma de luz y de sombras, que nos habitan salas de armas y tiempos de frutas— dable sólo a quienes viven, viajan, leen y escriben con la abundancia a la que obliga una inevitable dedicación a la literatura.

Esta cualidad admirable le permite, como a pocos, hablar con justa comprensión del alma femenina tanto como de la masculina, de su desventura y su suerte; porque en su narrativa no se halla sólo el reflejo de las pasiones y la opresión de Eva, sino que también encontramos al varón que intenta comprender un mundo del que se presiente ajeno, quizá, desterrado. No es posible clasificar a Nélida Piñón como una escritora feminista, abstraída sólo en el territorio de la mujer; su obra es, sencillamente, más completa: es una escritora que aborda todos los temas que le interesan y sus intereses son múltiples. Todo puede ser el origen de una idea, de una emoción; lo mismo el reencuentro de un abuelo con su nieta, que el amor de un campesino o la silenciosa amistad de un grupo de extranjeros. El motivo cardinal de sus novelas y cuentos no es demostrar hasta qué punto puede abrirse un abismo entre la pasión de la mujer y la pasión del hombre, sino reconocer —como en "El lejano Oriente"— la escasa línea que separa a estos dos seres, donde se revela aquello inasible que no distingue géneros, geografías, ni tiempos.

La humanidad es una y la palabra es su esencia última. El impulso por narrar es también la necesidad de acercarse al corazón del otro. Siempre me ha asombrado la habilidad de Nélida Piñón para hablar con inaudita certeza sobre el ámbito de los hombres. En palabras suyas: "Me extrañó que supiera describir un sitio así, sólo para uso masculino". Y no me refiero a la enumeración de detalles que vuelven reconocible el género de cualquier espacio físico, tradicionalmente ocupado por varones. Son las entrañas del aliento masculino lo que esta proteica escritora observa con atención —ejerce su "oficio de mirona"— hasta abrirlas al entendimiento de un ser ajeno, en apariencia contrario. Y la misma afirmación puede extenderse a todo lo humano: Nélida Piñón sabe dar voz a los seres más

diversos, narrar sus pensamientos y sus acciones aunque todos los presupuestos afirmen que sólo puede hablarse de aquello que se ha conocido.

Nélida Piñón rebate alzando como argumento su mayor herencia: la memoria. En ella funda la convicción de una Literatura Universal, sostenida por el único instrumento capaz de salvaguardar del olvido la médula inasible de nuestro ser: la palabra. La epifanía que encierran las palabras consigue hacer presente lo que ya es territorio de la ausencia: causar el renacimiento de las cosas idas, los pensamientos y las emociones, incluso las ajenas. ¿No ha sido siempre la narración el medio de volver a hacer aparecer algo desaparecido? El mundo —sabe Nélida Piñón— es narrable: es posible recuperar aquello que por ser hijos de un tiempo no hemos visto ni tocado; para vencer esta condena Nélida tiende un puente que inicia en la palabra y termina en la memoria, que se extiende hasta lograr que ésta pueda ver y tocar rebasando la frontera de los siglos.

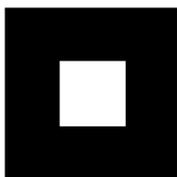
Así su narrativa, además de ser una historia contada, es una forma de reflexión que evoca, imagina y provoca resurrecciones. Con la fundación de la palabra creamos el mundo, no sólo lo definimos, y la creación da vida al creador. Nélida Piñón origina sus historias en la realidad cotidiana —aquella que mancha nuestros sueños— y las reviste de mito. Renace entonces la palabra inventada hace miles de años, se actualiza y trae consigo el rumor de un pasado que sostiene nuestra memoria, que nos mantiene vivos. Hay en esta autora una reflexión mística y poética que busca rozar lo que de sagrado tienen las cosas, pero también percibimos el canto a una voluptuosa naturaleza, a la sensualidad de los seres y al placer de las cosas. Es la unión de sus dos herencias, confundidas ya desde mucho antes del nacimiento de la escritora: la del Camino de Santiago, las cantigas de amor y de escarnio, las Cantigas de Santa María y toda la lírica galaico-portuguesa; la de la difícil saudade que alienta al fado portugués y a la bossa nova brasileña sumada a la amplitud del vital Amazonas, al alegre Carnaval de Río.

Y todo esto es narrable, memorable. En la palabra de Nélida Piñón se mezcla la descripción, el mito, la alusión, lo cotidiano, las

metáforas como poderoso resguardo de la memoria. Leyéndola, sabemos hasta qué punto es cierta su afirmación: “me es difícil imaginar que no tengo 500 años.” Nélida Piñón ha hecho de su vida y de su literatura el río donde borrar los efectos del Leteo. Viviendo para la escritura, fiel a la palabra —a la imaginación y a la realidad que evoca— se ha vuelto toda ella una memoria cuya vida está fuera del tiempo, porque todo lo abarca.







# Bravura

Nélida Piñón

Los relatos que a continuación presentamos, forman parte del libro *El calor de las cosas y otros cuentos*, editado por el Fondo de Cultura Económica. Agradecemos a Nélida Piñón su autorización para publicarlos.

Disputaban la misma mujer, con la mirada y la furia. No bastando, decidieron luchar. Uno frente al otro, dispuestos y múltiples. El perplejo salvajismo de los rostros espléndidos, cuando la muerte se convierte en la única solución para hombres como ellos. Ansia de cuchillo, sin medir las consecuencias. Se aproximaban, ágiles, como amagos tan fatales que muy pronto rodarían por el suelo, casi con el amor vigoroso de los hombres que se entregan a grandes pasiones. Después, urgidos de sentir el olor de sus mutuos cuerpos, para intensificar la ira hasta que los hiciera capaces de matar, se mezclaron en un abrazo brutal, y la sangre corrió a borbotones, beneficiando una vitalidad extinta en tantos hábitos de paz. El rostro pálido del hombre tejía un último diseño. Moría, y el otro lo miraba.

También la mujer acudió a mirar. Quería sentir la convivencia de la muerte, sus gestos agónicos. Se reintegró a la vida, imaginándose acostada en la cama, entregada a la tarea del placer. Resignado al fin a su suerte, el hombre murió, y su sangre era soberbia. Ella tomó la mano del sobreviviente, como si le dijera, vamos a mi cuarto, mereces aquello que una mujer reserva para los héroes.

Aún perplejo por el magnífico desmoronamiento de un hombre, él se dejó llevar: como si nada representara su trabajo, había adiestrado un cuchillo y, rutilante, destrozó con su delicadeza y precisión ese vientre extraño, que, diferente a un vientre de mujer, se activaba lleno de aristas arrogantes, y él no lograba comprender la grosería

de aquel hombre, entregándose a la muerte, desdeñando la vida. Prevalecía su violencia de hombre, más allá de su fuerza y destreza, esas que eliminan y matan.

Grande y desordenado era el cuarto de la mujer, sólo la cama merecía sus cuidados. Al punto se desnudó, ansiosa y práctica; el hombre pensó, si poseo a esta mujer venderé al hombre que acaba de matar por ella. Sus pensamientos lo confundían, el deseo de tomarla, ingrato y sin pretensiones, como el que cumple cosas para luego abandonarlas, a uso y desperdicio. Le dijo:

—Cuántos años tienes. —Y percibió que sólo la deseaba a partir del instante en que el muerto la había cortejado. Y tuvo miedo de dejarse prender en una extraña red de imitación, donde se pierden virtudes y excelencias. Lo cierto era que su naturaleza, además de arrebatare, se había tornado imitativa de las artes de los otros hombres.

No lo conmovía la ternura que demostraba la mujer, ofreciéndose presurosa. Sintió rabia de querer y depender. De haber matado a un hombre porque necesitaba obedecer a los mandatos de su sexo. Introducirse en aquella mujer, ofreciéndole pasión, y la entrega a las cosas inmediatas. Quiso ofenderla, para no cumplir de inmediato sus obligaciones. Lúcido, descubrió la perturbación del mundo:

—Cuál es tu precio.

—¿Mi precio?

—Sí; el de una mujer que duerme con un hombre; debo pagar, ¿no es así?

Ella lo amenazó, rabiosa:

—Seré la mujer más cara que jamás hayas tenido.

El hombre se aproximó, furioso con la perfidia de su propia naturaleza, con su indiferencia ante la muerte de un hombre. Y no existía en todo el mundo un pensamiento tan intenso como el suyo, pues había alcanzado la magnitud de una actuación. Se decidió: si tuve la vileza de matar a un hombre para poseer a una mujer, será en ruinas, pero aun así viril, como la poseeré. Y airado se satisfizo sobre ella, dentro de las reglas, con esa suerte de disciplina que caracteriza a gentes de su especie.

Tras lo cual ella comprendió que cualquier arrogancia merecería la muerte. Trajo café, reponiendo fuerzas que se habían confrontado por primera vez aquella noche. Él aceptó las iniciativas de la mujer, reconociéndole gracia y encanto, pero sin alegría. Sólo una sensación triste y pegajosa que, sin alcanzar a definir, lo llevaba a pensar que no debía ser distinta la miseria de pertenecerse y realizarse.

—¿Está bien el café? —Ella sondeaba su vida.

Ahora que, indisciplinado, se estiraba en la cama, contempló su propio cuerpo desnudo. Sin resistir más, dijo a su mujer:

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

Exhibía la indiferencia habitual en esos casos; que no se advirtiera el nuevo afecto que lo dominaba, y que habría de capturarlo en una trampa de apariencia elusiva, pero cuyos tejidos y artimañas son tan perfectos que niegan toda institución de libertad.

—No sé.

Comprendió su manera de rehusar la culpa que intentaba compartir con ella. A partir de aquel instante el nombre del hombre lo envolvió, como un remordimiento que asaltaría sus recuerdos siempre que, vacilante, cayera en reflexiones. Después, ya vestido, abrió su cartera, exigiendo también venganza, pues la imaginó herida, con el dinero en la mano. Pero, distribuyendo vida y gracia, ella dijo: —No es necesario.

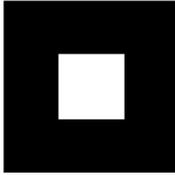
—¿Por qué?

—Mataste a un hombre. Pienso que con eso basta.

Y se conformó. Debía abofetearla, pero no podía. Su ímpetu y su audacia se habían agotado. Por más que intentara librarse del miedo y de su propia arrogancia, siempre fallaría. Porque, más allá del muerto, y de su imagen, ella había abusado de su cuerpo. Incluyó la cabeza, tal era su vergüenza, ante la falsa sabiduría de la mujer.

—Escucha —dijo—; nunca más quiero verte. Y juro que si eso sucede seré capaz de matarte también.

Descendió la escalera, confuso y solitario.



# Adamastor

Nélida Piñón

Adamastor medía un metro con cincuenta. Su debilidad eran las mujeres, y las llevaba a casa aunque no le gustaran. Todas se parecen a Nuestra Señora, explicó una vez, para justificar su fervor. Les compraba trajes estampados de rosas rojas, y adornaba sus dentaduras con incrustaciones de oro. Ponía en gramófono un samba antiguo, y buscaba un médico. Ninguna le llegaba en buen estado de salud. Su destino era socorrer al afligido, se decía por las mañanas, al afeitarse.

Y cuando se restablecían, dueñas ya de un pequeño patrimonio formado por las monedas que Adamastor depositaba diariamente en el cerdito plástico que estaba sobre la mesa de noche, trataban de huir. A veces, él podía indicar con certeza el día de la fuga, los pequeños anhelos de vuelo, como él decía. Pero jamás los impidió, o se dejó impresionar por ellos. Nunca, además, hizo nada distinto a refugiarse en algunas ciudades del litoral.

—¿Aparte del hombre, quién más huye? —se preguntaba constantemente, imaginando entonces que su corto cuerpo recorría jardines, entre árboles frutales, atento al ruido secreto de los cuentos de hadas. —Adamastor —se respondía él mismo en voz alta.

Nunca lo vieron llorar, o quejarse de su estatura. Pues si le arrosaban su fragilidad, añadía sonriendo: con lo que tengo, me basta para juzgarme un hombre.

Abrió un bar, cerca del muelle. Zona en la que su cuerpo florecía a sus anchas, allí nacían todos los días como espuma las mujeres de sus sueños. Y tanto se consagró al trabajo, que todos proclamaban la alegría que en su negocio se respiraba. Y para siempre, agregó Adamastor, con firmeza, cuando lo entrevistaron sobre la vida del muelle, y la reputación de su bar.

Las mujeres y los pederastas le gritaban: Cuida de nosotros, Adamastor. Él reía, separando el trigo de la cizaña —porque le agradaban las citas bíblicas—, con suma destreza, pues no había en su vida una sola historia de enemistad.

—Sólo las mujeres entran en la estima y el espacio de mi cuerpo. No obstante, siempre que se hablaba del pasado, se escondía como un caracol, disimulando con su camisa la piel erizada. Su más antigua referencia no superaba nunca un mes. Se restringía a los acontecimientos diarios, a la comida que acababa de ingerir, a alguna mujer que había estado aquella semana en su casa. Comportamiento por demás extraño, pues se sabía que su vida estaba colmada de aventuras.

Velaba por João Manco, como si lo hubiera adoptado. Cuidaba de que no le faltaran mujeres ni aguardiente, los mayores afanes de aquel corazón. Y con tal cautela que João Manco, además de quererlo más cada día, le cedía todas sus informaciones, para que ambos progresaran.

Al desembarcar, los marineros buscaban de inmediato su negocio. Sedientos y reclamando mujeres. En ningún otro lugar tan hermosas, gracias a la popularidad de Adamastor. Pero, aunque éste aceptaba algunas libertades, imponía severos límites. No por moralismo, o miedo a la policía, se empeñaba en explicar, pues cargaba a costas mala reputación desde que había elegido ser hombre, sino porque ciertas cosas debían hacerse en la alcoba.

Se rehusaba a discutir el asunto, asumiendo una expresión seria, con pose de comandante. João apreciaba esas convicciones. Gracias a las cuales los marineros se veían obligados a abandonar su establecimiento en medio de la noche. Pero protestando:

—Vinimos para quedarnos, Adamastor, ¿por qué nos haces salir? —Afirmando así que no bastaban bebidas y comida, necesitaban mujeres, cobijas, la tranquilidad de un hogar. Finalmente terminaron por convencerlo de que hasta entonces se había excedido, impidiéndoles obrar como amigos que regresan a casa, después de una larga ausencia.

Compró la casa vecina, que comunicaba con el bar, y la decoró con jarrones, mobiliario nuevo, cortinas de colores, una imagen de

San Jorge, su patrono, y colchas de lana de vicuña, regalo de un argentino que, enamorado de aquel refugio, le dijo: —Para reconocer mi otro hogar, cuando regrese a estas tierras.

João Manco vigilaba las normas, pues Adamastor pedía decencia, apenas una pareja por cuarto. Y el servicio era tan extremado, que muchos encontraban toallas bordadas con sus iniciales, detalle que los conmovía hasta las lágrimas.

Pero Adamastor le había dicho a João: Todos, menos tú y yo, haciéndole ver que no debían frecuentar ese suelo. Una cuestión de dignidad. Para nuestras mujeres hay otros sitios. Si quieres, te ofrezco mi casa.

Tras de lo cual João empezó a servirse de la casa de Adamastor, de su cama, y de la mujer que por acaso allí estuviera. Asunto que Adamastor vino a descubrir mucho después, sin molestarse con el amigo, pues prefería que las mujeres se relacionaran con alguien de su confianza.

Vivían en perfecta armonía. Aquel que ofendiera a Adamastor debía tomar en cuenta a João Manco —cuyo apodo no obedecía a algún defecto corporal, pues no solamente su cuerpo estaba intacto y su piel tersa, sino que las mujeres gustaban de él con sólo mirarlo—, quien al saberlo se subía las mangas, apretaba los dientes y tensaba los músculos con visible orgullo de Adamastor, que admiraba su valor temerario.

Todos los días compartían la mesa. En las mañanas, Adamastor le decía:

—¿Eres feliz?

João se rascaba el pecho velludo, y se ajustaba los pantalones, escondiendo los calzoncillos. Sabía que Adamastor era amigo de ceremonias.

—Le pedí a Dios un amigo, y llegaste tú.

Adamastor se sorprendía ante tamaña delicadeza, aquel modo como un hombre libre y rudo se acercaba a Dios, le pedía bondades, y las agradecía con finura. Esa sensatez instintiva lo obligaba a cuidar del futuro de João, previendo para él un pedazo de tierra, una casita, o un seguro hospitalario, para cuando enfermara. Pues

João no podía permanecer así sobre la tierra, contando estrellas y viendo llegar el invierno sin nada en qué ocuparse.

Siempre que hablaba en serio, Adamastor se subía al mostrador de la caja registradora, desde donde podía dominar el establecimiento. Se había dejado crecer el bigote, el cabello le llegaba ya hasta la camisa, dando la ilusión, gracias a sus facciones chinescas, de que usaba trenzas.

—¿Y tu futuro, criatura?

João Manco lo miró, como preguntándole, ¿a quién le hablas, amigo mío, a una planta, a un árbol, a un girasol? Adamastor le explicó que una criatura era alguien destinado a envejecer, la energía se marcha, quizá hacia el infierno, donde todos nos le uniremos más tarde, pero antes los dientes empiezan a caer, claro síntoma de debilidad, segura advertencia para que el hombre tome medidas, pues ya llega el futuro, y se gasta en él lo que se acumuló a lo largo de la vida.

João Manco se asustó al oír aquellas sentencias. Pero tenía fe en el amigo. Le habló agradecido: —¿Quiere decir que el futuro aparece cuando ya estamos viejos? —Confiaba en la bondad de Adamastor. Ambos rieron. Adamastor apreciaba las simplezas de João, su tufo a aguardiente, su estilo de disfrutar de las mujeres fingiéndose su único señor.

—Si no se es dueño de las mujeres, Adamastor, ¿qué otro animal puede dominar un hombre?

Tomaba aires de capitán al comando de un navío grande. Un capitán que estudiara la periodicidad del viento, ante la amenaza de un vendaval, salvándose en el último instante gracias a un cambio de ruta. O muriendo, lo que en este caso no sería capitulación. Ese final le parecía más bonito, le agradaban las situaciones dramáticas.

—¿Así pues, compro o no compro una casa?

João respondió con firmeza: —Casa ya tengo, que es la tuya, mujer también, porque las mujeres no tienen dueño; y en cuanto al aguardiente, mientras Adamastor viva no tendré sed.

Preocupado, Adamastor consultó un notario, exponiéndole la situación.

—No es que lo quiera de heredero, porque no tengo fortuna; pero, ¿qué se puede hacer?

—¿Es pariente? —preguntó el notario.

—Tan pariente como podría serlo un hermano; pero sólo por el afecto.

Terminó por legarle el bar, que pasaría a ser del otro después de su muerte. Regresó cansado, se sentía más viejo, como un árbol de raíces poco confiables, que permitían el abuso para luego esforzarse en cambiar el rumbo fijado para ellas. No pretendía permanecer allí para siempre, cuidando de João, sólo porque siempre se decían las mismas cosas en las mañanas.

—¿Y quién huye mientras tiene poder? —se preguntaba afligido, queriendo comprender a toda costa. Fue entonces cuando un marinero le dijo: —Adamastor fue un héroe, ¿no lo sabías?

Y después de él, otros siguieron haciéndole la misma afirmación, que ya no lo dejaba en paz. Le pidió a João:

—Hazte cargo del mundo, mientras salgo.

En la biblioteca municipal, trató de explicar a la empleada, para que un hubiera dudas: —No busco cultura, sino una simple información. ¿Quién fue Adamastor?

Después de mucho dudar, ella trajo *Los Lusíadas*, y le mostró los pasajes que mencionaban al héroe —¿quiere leerlo?—. Adamastor se sentía perplejo, por el libro, por los anteojos oscuros de la mujer, y por descubrirse héroe, y justamente un gigante, como quiso acentuar la empleada, primero contemplando con detenimiento su cuerpo, después contándole las hazañas del otro.

Adamastor sintió una fiebre ingrata, un ramalazo de furia. Pues no podía comprender que pudiera llamarse Adamastor un hombre de un metro con cincuenta. Una broma que le habían hecho y que sólo ahora descubría, pues había vivido siempre en la inocencia. Ironía sin duda del padre, que después de preñar a su madre se había marchado, dejando el dinero para los gastos del parto, y una carta cuyo contenido supo más tarde, destruyéndola luego porque en su memoria guardó cada palabra: Si el bebé es hombre, por razones que no quiero explicar, se llamará Adamastor.

Y así lo bautizaron, respetando la decisión del padre. Y cuando también él huyó de casa, una sola vez miró hacia atrás, porque le pareció un inmenso acto de piedad dejar llorando el hogar; mucho antes otros hombres habían hecho lo mismo.

—¿Cuando ponen a alguien Adamastor, lo hacen necesariamente para homenajear a ese héroe de *Los Lusíadas*? —miró el libro para asegurarse del título.

—¿Se trata de usted?

Avergonzado, aseguró que no. —Se trata de un niño al que voy a apadrinar. Usted sabe, a veces los párrocos hacen objeciones.

Entró humillado al bar. Ya era un enano, y como tal había de exhibirse. Miraba la libreta de identidad, y comprobaba: un metro cincuenta, ni un centímetro más. Y con nombre de gigante. No sabía con quién desahogarse, João era incapaz de comprender. No veía defectos en su amigo. Aunque se mutilara un pedazo del cuerpo, él diría, después de auxiliarlo: te ves mejor que antes, Adamastor.

En cuanto a las mujeres, de nada servían como confidentes. “Las mujeres son burras”, se dijo para compensar su estatura. Ostentaba en el bar una dignidad herida. Sin corresponder a galanteos, por tiernos que fueran. Circunspecto, usaba ahora corbata marrón y traje blanco.

João sufría el silencio del amigo, que había interrumpido abruptamente su habitual diálogo de las mañanas. Un día le dijo, con suavidad, para no ofenderlo: —Si hay que matar a alguien, yo me encargo. Basta que me digas el nombre.

A pesar de su melancolía, Adamastor encontró hermoso que un hombre estuviera dispuesto a matar en defensa de un amigo. Y pensó: únicamente un hombre podría obrar de ese modo, las mujeres sólo valen por el sexo. Aun así, nada le dijo. La inocencia de João merecía respeto. No pretendía exhibirle sus imperfecciones, confesarle sin más: me siento hondamente herido por la crueldad de mi padre, y mira que no nací ayer, y la vida me ha enseñado prudencia. O gritar que la naturaleza había cometido con él un error, y, de no haber sido así, era preciso señalar al culpable de su amargura.

—¿Te gusta mi nombre? —terminó por decir.

João aseguró que sí. Y agregó, distraído: —Nombre de valiente.\*

Pero Adamastor sabía que el valiente no era él. Había otro que lo había precedido, y con tal ímpetu que su nombre andaba en los libros, gracias a sus hazañas portentosas. No tenía ya lugar en este mundo, y hasta las mujeres lo intimidaban. Comenzó a esquivarlas, temeroso de que pudieran alcanzar una intimidad que las llevaría fatalmente a delatarlo. Y a los reporteros, que antes recibía con orgullo, los evitaba ahora, escondiéndose detrás del mostrador cuando los veía.

—Los tipos letrados son insoportables —decía, sorprendiendo a los que lo sabían vanidoso y florido en el hablar. Estudiaba a todos con desconfianza, temiendo que de repente alguien lo abrazara, y exclamara entre risas y burlas: —¿Y cómo va, nuestro gigante Adamastor?

Asesinó mil veces la imagen paterna, y no le bastó, ni tampoco el intento de cambiar de ciudad, o de adoptar otro nombre. La certeza de ser Adamastor lo consumía por dentro. El deber de pleitear su martirio era una cuestión de orgullo.

—¿Será acaso que nací para cornudo? —se decía, pensando en la comprensión que lo llevaba a perdonar a João Manco y a los otros.

—De qué se trata, hermano —le preguntó João.

—Cualquier día me largo, busco otra tierra. No soporto más estar aquí —respondió, examinando al amigo, esperando la herida que iba a estampar en su rostro, que era también su venganza de amor.

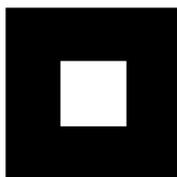
João se movió entre las sillas, frotándose el vientre, practicando los pequeños actos que tanto divertían antes a su amigo. —¿Y mi futuro? —preguntó, queriendo agradecerle.

Adamastor, que aún confiaba en el sentimiento, dijo: —Lo que es mío es tuyo. Estoy bromeando. Aquí he de morir.

\* En el original, *cabra*, valiente. Podría tomarse también en un sentido más restringido del vocablo *cangaceiro* (especie de bandolero a sueldo, que trabajaba al servicio de los grandes terratenientes brasileros), personaje muy incrustado en el habla y la cultura popular del Brasil. [T.]

Se escondía detrás de la caja registradora, pensando en que tal vez así lo olvidarían. Ya no atendía a la clientela. Buscaba la oscuridad. Cuando una mujer se le insinuaba, decía protestando: —¿Es lo único en que piensan ustedes? —La clientela comprendía, y João Manco también, que Adamastor ya no era el mismo. Pero lo perdonaban, y seguían frecuentando su bar. Y quién otro además, que no fuera Adamastor, podía ofrecerles aquella casa de al lado, adornada con jarrones, y bajo la protección de San Jorge.





# Ave de paraíso

Nélida Piñón

Una vez por semana visitaba a la mujer. Para exaltarse, lo decía conmovido. Ella lo creía, y lo recibía con pastel de chocolate, licor de peras y frutas recogidas en la huerta. Los vecinos comentaban aquellos extraños encuentros, pero ella lo quería cada vez más. Él, adivinando su vida fácil, le pedía disculpas con los ojos, como diciendo, de qué otro modo debo amarte.

Comía el pastel y rehusaba lo demás. Aunque la mujer insistiera. Es por ceremonia, pensaba ella escondiéndose en su sombra. Una vez le preparó una cena sorpresa. La comida olía muy bien, las esencias acababan de llegar de la China. Brillaban los cubiertos y los adornos comprados especialmente para el día de la fiesta, cuando él abriría los ojos, encantado.

El hombre observó todo con aprobación. Siempre la había juzgado sensible a la armonía a la gracia. Una confianza que sintió desde el mismo instante en que se conocieron: en el tranvía, advirtiendo que había olvidado el dinero del pasaje, ella miró a su alrededor sin decidirse a pedir auxilio. Él pagó y le dijo, casi en un susurro, yo también necesito ayuda, ella sonrió y él le tomó la mano, ella accedió con timidez, y cuando la dejó a salvo frente a su puerta le prometió volver al día siguiente.

—No insistas, no quiero cenar. Con naturalidad, parecía un pez inspeccionando el mar. Ella lloró, pensando, entre tantos hombres Dios me destinó el más difícil. Fue el único instante de desfallecimiento de su amor. Al otro día recibió rosas, y la tarjeta tan sólo decía: amor. Ella rió arrepentida, condenando su incontinencia. No debía haberlo sometido a semejante prueba, que él rehusó heroicamente. En la siguiente visita la amó con fervor de apátrida, y repetía en voz baja su nombre.

Una vez desapareció tres meses, sin cartas, telegramas ni llamadas telefónicas. Ella pensó, voy a morir. En torno de la misma mesa, el mantel pintado de rojo, que había preparado durante un largo sábado, la cama de sábanas blancas, que ella lavaba personalmente, evitando el exceso de anilina, la casa, en fin, que él dejó de frecuentar sin dar aviso. Recorría las calles y a cada suspiro agregaba:

—Qué es de la mujer sin la historia de su amor.

Había cursado el bachillerato en su ciudad natal. No quiso ser profesora. Desde pequeña soñaba con casarse. Su única ambición. Temía al hijo ajeno sustrayéndole una fuerza que los de su propia carne merecían. La madre protestó, necesitaban dinero. El padre había perdido el empleo, la edad le pesaba. Terminó en el mostrador de la farmacia de su padrino, y la madre, cosiendo por encargo. A ella le correspondía encargarse de los oficios de la casa, ya que se negaba a ejercer el magisterio. Fue entonces cuando descubrió los encantos de la cocina. Pero la receta del pastel vino más tarde: Norma apareció, muy elegante, con su vestido amarillo, pidiéndole ayuda para coser una falda plisada, modelo que había visto en el puesto de revistas de la esquina. Aunque pensaba que Norma era frívola, siempre insistiendo en que la acompañara a los bailes donde se pescaba novio con facilidad, nunca la censuró. Conoció entonces a la otra, amiga lejana de Norma. Compañeras en el curso de dactilografía, las dos ansiaban trabajar en una firma americana. Después viajarían a Estados Unidos, pasearían por la Quinta Avenida. Norma soñaba en conquistar un oficial americano. Lamentando que ya no nos visitaran, como en la época de la guerra. La otra oía, casi al final le preguntó:

—¿No quieres venir? Se refería a la entrevista en la firma americana. Negó con la cabeza. Le dio vergüenza explicar que quería casarse. Era más fácil, y su corazón se lo pedía.

—Ya lo sé, a ti sólo se te pueden ofrecer recetas de pastel chocolate, dijo la otra, molesta.

A esto sí accedió, entusiasmada. Exigiendo una receta escrita. Y que la otra telefonara a la madre, para que confirmara los ingredientes que en ese momento le dictaba la memoria. En casa, por lo estricto de los gastos, no pudo prepararla. Pero se consolaba:

en cuanto ame a alguien lo sorprenderé con mis postres. Acarició siempre la esperanza de que los pasteles chocolate fueran la sobremesa del marido. Los dulces sólo servían para consentir al amado. Tanta simplicidad conmovía a Norma. Años más tarde, cuando se separaron y fue perdiendo los amigos, su destino era renunciar al mundo para conservar el amor. Antes de alejarse para siempre, Norma le dijo, poniéndole la mano en el hombro:

—Esto tenía que pasarte.

Quiso aún explicar, decirle que se engañaba. Pero Norma se marchó sin mirar atrás, caminando con decisión.

Cuando él volvió meses después, le trajo regalos, besó largamente su cabello, que según afirmaba, olía a cielo, le hizo ver la importancia del viaje, no se arrepentía de haberse ido por el placer del regreso. A ella le pareció gentil su explicación. Corrió a la cocina, antes de que él la llevara a la alcoba. Valiéndose de dosis exactas trató de lograr la perfección. No admitía el amor sin que el pastel estuviera esperándolos, especialmente los días de fiesta. Él rió, encantado de aquel capricho, no se sentía con derecho a protestar. También él respetaba su libertad. Dejó que terminara. Ella volvió al fin, como diciéndole estoy lista para tu difícil ausencia. Siempre era discreta en las cosas del amor, y él apreciaba su recato. Repudiaría un proceder atrevido, que mancharía para siempre la ilusión de poseerla como si aún fuese la primera vez. Intuyéndolo, ella escondía la cabeza en la almohada, velando sus dulces lágrimas. Él gritaba, como un vasallo del rey Arturo: ¡Las mujeres son gratas! ¡Las mujeres son gratas!

Ella interpretaba el sentido de sus palabras. Secaba sus lágrimas, entregándose con pudor. Jamás rehusaba tales escenas. A veces se repetían a la semana siguiente. Él fingía no advertir que ese encanto amenazaba con agotarse. Hacía cuanto podía para renovarlo. Por eso la amó tanto durante aquellos años. Su fantasía se apoyaba también en las sorpresas. En ocasiones adoptaba disfraces, barbas y bigotes falsos, pelucas. Llegaba sin prisa, dando tiempo a la sospecha de los vecinos, y no para que pensaran que ella lo engañaba, sino porque le divertía crear esas ilusiones.

Obediente, ella se exaltaba. Aunque sufriera su ausencia. Su amor en días difíciles se inquietaba de tal modo que consultaba el calendario con la esperanza de que fuera día de pastel de chocolate, cuando sin duda él vendría. Hasta el fin del año, el calendario registraba todos los días de su visita. Ella jamás le sugirió un cambio de fecha, o una mayor asiduidad. Respetaba aquel sistema.

En los comienzos de mes, sin embargo, él llegaba más temprano, trayendo el dinero para los gastos de la casa, y cualquier excedente que le hiciera falta. Lo depositaba sobre la frutera, aunque hubiera en ella bananas, peras, manzanas que ella adoraba, imaginándose entre la nieve. No sabía explicarlo, pero comiendo manzanas se sentía elegante, de guantes pécarí importados, hablando francés y con un pañuelo de seda en la cabeza.

Dejaba allí el dinero hasta que él partía. Después, lo ponía junto al misal. Los dos se sometían a los ritos.

Un día le dijo: —Vamos a salir ya mismo, porque nunca hemos ido al cine, y como quiero ir al cine contigo antes de morir, es hora de que cumplamos mi deseo. Ella lo abrazó llorando de alegría: ¡Eres mío, cómo eres mío!

Fueron y no se divirtieron, él tildó de obscenos los episodios de amor. Ella no estuvo de acuerdo, pero su felicidad no la impulsaba a la insistencia. Comieron helado mientras él seguía protestando. Ella se manchó el vestido, y entonces él rió, le gustaban sus curiosas intuiciones, su modo de errar en las cosas pequeñas.

La madre la visitaba dos o tres veces al año. Todavía cosía por encargo. Discretamente, preguntaba por él. Temía irritarla. Nunca había comprendido aquel casamiento. Él se había opuesto a que usara vestido de novia, alegando que el traje nupcial sólo debía ser visto por el esposo. Pero después de la ceremonia, ya a solas en el cuarto, le obsequió un vestido blanco, con velo y guirnaldas. Esa primera noche ella surgió ataviada a la medida de sus sueños, y él cerró los ojos y los abrió de nuevo para ver si ella estaba aún a su lado, la mujer que amaba, y conmovido habló del modo que ella comprendía: —Estás hermosa, sólo faltaría que el sacerdote nos casara de nuevo, y cuando en medio de la noche conocieron sus cuerpos, él le pidió

que reposara, porque era él quien debía colgar en el armario el vestido de novia comprado para ella, con ninguna otra mujer podría haber obrado de esa manera, y ella nunca lo olvidó.

Así pues, cuando la madre la visitaba, la hija le preguntaba por el padre, cómo iban las cosas, sin invitarla nunca a quedarse, aunque vivía lejos, viajaba horas en tren para regresar a su casa. En aquellas breves visitas, la hija de nada se quejaba. Parecía encantada con su situación. La madre nunca había visto una mujer más feliz. A veces sentía deseos de preguntar: —A qué horas llega él. O prolongar la visita para verlo cuando viniera a cenar.

Pero, a partir de las cuatro, la hija empezaba a ponerse inquieta, se levantaba a cada rato pretextando naderías, fingía ocupaciones, él solía demorarse, le aseguraba ansiosa. A la hora de la despedida, la madre siempre repetía: —Bonita vuestra casa.

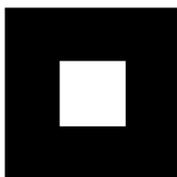
A la semana siguiente, adivinando, él preguntaba: ¿Y tu madre, nunca volvió? Ella ponía una cara triste, abrazada a él susurraba: —Sólo te tengo a ti en el mundo. Él la besaba, y como pidiendo disculpas, decía: —Vuelvo el próximo miércoles, ¿estás contenta? Ella sonreía, el rostro brillante, los cabellos como a él le gustaban. Ya con algunos hilos blancos. Hilos que él respetaba, pensando: Ella es pura, es pura.

Un día no resistió, llegó disfrazado, en una última tentativa de confundir a los vecinos. Traía en las manos sendas maletas. Ella sufrió en silencio la perspectiva de una larga ausencia. Lo ayudó como si estuviera cansado, la vida era dura para él. Le trajo agua helada, lamentando no tener una fuente en el solar, de tenerla la adornaría con piedras, tal vez pondría una imagen. El hombre bebió, se quitó el disfraz que nunca había recibido de ella censura alguna. Y asumiendo una fingida independencia habló en voz alta, para que ella escuchara.

—Terminó el tiempo de prueba. Esta vez vine para quedarme.

La mujer lo miró, escondiendo su profunda alegría, y corrió después a la cocina. Nadie la superaba en los pasteles de chocolate.





# La naturaleza del trabajo

Nélida Piñón

Toda la atención de la mujer estaba concentrada en el espejo, pues era su deformación. La mujer pensó en acicalarse y se miró discretamente a su alrededor. No porque dependiera de alguna aprobación para embellecerse, o porque el descuido general liberase sus movimientos. Miró porque quería agradar, a quien más fácilmente se dejara conquistar. Su problema no era elegir, sino hacer efectiva la conquista. Todo y cualquier hombre le bastaba.

Cuando se dio cuenta de que la naturaleza de un hombre cualquiera saciaría su deseo, sintió compasión. Extraña compasión, que se dirigía a quienquiera que fuese escogido. Ya que competía al hombre sucumbir ante las propuestas, sin derecho a rechazarlas. A pesar de no dejarse llevar por una excesiva confianza, un tiempo vacío e inútil impedía al hombre descubrir las intenciones de quien, aunque oscuramente, podía brindarle calor. Y para una mujer como ella, el rechazo llegaba a convertirse en toda su esperanza:

Dijo: —Tengo derecho a sentir compasión.

Frente al espejo, ostentaba la morosidad de quien se mira y se ve: la cara cansada, los colores centrando la atención en sus ojos, y en la sonrisa una perplejidad pronta a divulgar por el mundo que el rostro es un sistema inocente que acumula arrugas.

Ah, entonces era eso. Cada vez que resolviera un problema, otro vendría a ahogarla. Le causó gracia, aunque la risa la desilusionó. Ante el espejo, su respiración se aceleró, porque el miedo a la entrega iba tomando significado, no de deshonra, sino de la incapacidad de negarse que le imponía su anhelo de convivencia. La mujer se apartó del espejo, con una leve sonrisa, que escondida en la boca consideraba excesiva la tarea de seleccionar el

paisaje y los hábitos rutinarios. Dio los primeros pasos, que aparentemente equilibraban su cuerpo. Y, frente a un destino incierto, comenzó su labor.

Cada hombre era la expresión de su voluntad., y sintió miedo de poseer un poder tan concentrado. Del cual se vería libre cuando llegara a descubrir lo que le conviene igualmente al hombre y a la mujer. Un hombre se detuvo, y la miró con deseo. Pero, como la fuerza del hombre en aquel momento era más libre que la suya, ella volvió la cara, alejándose. Él reaccionó, irritado, pero una paciencia protegía a la mujer contra los rostros que intentaban conquistar lo necesario.

Deseaba la mujer un tipo especial de victoria, tal vez una apariencia que le arrancara la vergüenza, aquel modo casi indiscriminado de ocupar cualquier cama, de enlazarse a cualquier cuerpo. Para que nadie descubriera que ella tenía la esperanza de escoger, esperanza que la hacía fuerte, se envolvió en una sorpresa mansedumbre. Lejos de toda arrogancia, ni aun su presentimiento se escondía en el orgullo, que es siempre el camino resguardado de la vida.

El deseo en el rostro de los hombres desenmascaraba su oficio. Tuvo vergüenza de que la presintieran por la apariencia, nunca por la osadía. Y guiada por la fuerza, que sería apenas el recurso de quien necesita comer, y comer era el acto de entregarse para tener después más comida, se sintió dispuesta, y pensó: siempre que sea yo quien elija, puedo aceptar cualquier cosa. Y ésa fue entonces su labor.

Discretamente ocultó su sonrisa, porque la confundía, esclarecía lo que aún estaba bajo su dominio. Y porque el solo andar era ya una tarea, se organizaban sus pasos, funcionaba la libertad, la obligación también. Gente que pertenecía al mundo como ella, a pesar del descuido. Y al pensar que pertenecer al mundo es participar de sus celebraciones, se le transmitía una responsabilidad distinta, alguna cosa que ni la severidad explicaba.

Pero los hombres, vigilantes, detectaban a aquellos que miraban sin culpa, sin extraer de los otros sus turbaciones o sus

torpezas. Y la liviandad de la noche, ¿propiciaba pues el acto de aspirar, y ubicarse en las calles? A cada paso una conquista, aunque sospechara que habrían de hierla siempre que la juzgaran. No se nace para otra cosa. Las personas se van infiltrando en nosotros, incluso con delicadeza, y nos moldean una apariencia, hasta que el cansancio se torna la entrega de quien no tiene otra cosa sino el pecado, ninguna conmiseración distinta del autoanálisis. Quiso guardar silencio, no juzgar más a la vida, aquella costumbre diaria de protestar para corregir. Y, ante tanto desacierto, ¿será acaso nuestra irritación un ansia de armonía?

Marchar con impavidez, casi en calma, como si nunca más fuera a luchar, y la comprensión no robara nunca el encanto de aquello que se va aceptando. Pero, por precisar de la rudeza para conquistar a un hombre, de la lucha para aceptar el destino de su cuerpo, sintió pena, pena porque se había convencido de que su actual fuerza reposaba en la simplicidad de escoger, antes de ser ella la escogida. Y, como la mujer se ilusiona con esta mínima gracia, comenzó a llorar, en silencio.

Cerró los ojos, que sólo así resistirían la tentación de las cosas, sumisa a la condición de su trabajo. Además, porque estaba oscuro, la mujer sólo veía sombras, nunca la forma de quien no era su enemigo, ni es enemigo aquel que participa del mismo sacrificio.

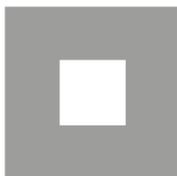
Una mano se posó en su hombro. Ella agitó la cabeza, y esa mano, esperando su aprobación, la apretó suavemente. No la guiaba la impetuosidad, sino una certeza que omitía ya los caprichos de la lucha. El hombre no necesitó intuir aquel sentimiento, pues en la fuerza de la mujer se traslucía el pacto de acatar las órdenes que se presentaran.

Atravesaron la calle; en silencio, el hombre la dejaba obrar. Sus proyectos debían ser intocables, y a la mujer compete organizar los planes, ponerlos en marcha. Subieron a la habitación; el hombre, acostumbrado, se acostó, ella también, para la mecánica de los siglos. Así se preserva la vida, con las fricciones diarias. Luego,

él se fue, sin pronunciar una palabra, la sabiduría de reconocer en los breves saludos el alimento del amor.

Sola, la mujer luchaba de nuevo con sus principios, con su insensata impresión de libertad.





## Notas y referencias

DOS VECES NÉLIDA, Adolfo Castañón

- <sup>1</sup> Nélida Piñón: *El calor de las cosas y otros cuentos*, traducción de Elkin Obregón, prólogo de Eduardo Portella, introducción a manera de posfacio de Naomi Hoki Moniz, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México, 2000, 376 pp.
- <sup>2</sup> Nélida Piñón: *El pan nuestro de cada día*, traducción de Elkin Obregón S., Grupo Editorial Norma, Colección La pequeña biblioteca, Colombia, 1999, 164 pp.
- <sup>3</sup> Nélida Piñón: Op. cit. p. 126.
- <sup>4</sup> Naomi Hoki Moniz: *As Viagens de Nélida, A Escritora*. Editora da UNICAMP, Brasil, 1993, 216 pp.
- <sup>5</sup> Nélida Piñón en entrevista a *La Quinzaial Littéraire*, por Naomi, p. 11.
- <sup>6</sup> Palabras pronunciadas en el homenaje a Nélida Piñón, organizado por la Universidad de Guadalajara con motivo de su designación como Premio Juan Rulfo 1995.

#### ▣ **Adolfo Castañón**

Nació el 8 de agosto de 1952, en la Ciudad de México. Es poeta y crítico literario. Estudió Letras Españolas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue titular de la Unidad Editorial del Fondo de Cultura Económica, donde trabajó de 1975 a 2003. Entre los numerosos proyectos encomendados a su cuidado cabe señalar, además de la organización de los programas editoriales de los años respectivos, la coordinación editorial para la edición mexicana de las obras completas de Octavio Paz (15 volúmenes), coeditada con el Círculo de Lectores de España; y la codirección del proyecto *Periolibros*, en colaboración con la UNESCO, durante los años de 1992 a 1997, entre muchos otros.

Entre sus libros destacan *El reyezuelo* (1978), *El mito del editor y otros ensayos* (1993), *Alfonso Reyes, caballero de voz errante* (1988), *La gruta tiene dos entradas* (1993) y *Por el país de Montaigne* (1998).

Castañón ha sido miembro del consejo de redacción de varias revistas literarias, entre ellas, *Plural* (1975-1976), *Gradivia* (1986-1989), *Vuelta* (1988-1998), *Imagen latinoamericana* (1992-1996) y *Letras Libres* (desde 1999).

#### ▣ **Paola Velasco**

Nació en Jalapa, Veracruz, 1977. Es licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas por la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana. Realizó la maestría en Literatura Latinoamericana en la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue becaria en ensayo literario del FECA 2002-2003 y de la Fundación para las Letras Mexicanas 2003-2004 y 2004-2005.

## Otros títulos de esta colección



Nicanor Parra **1991**

Premio de  
Literatura  
Latinoamericana  
y del Caribe  
Juan Rulfo



Juan José Arreola **1992**



Eliseo Diego **1993**



Julio Ramón Ribeyro **1994**



Augusto Monterroso **1996**



Juan Marsé **1997**



Olga Orozco **1998**



Sergio Pitlor **1999**



Juan Gelman **2000**



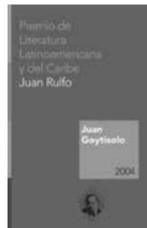
Juan García Ponce **2001**



Cintio Vitier **2002**



Rubem Fonseca **2003**



Juan Goytisolo **2004**



Tomás Segovia **2005**

